CAPÍTULO VII.

DESTINO DE LAS ALMAS.

Creencia universal en la inmortalidad del alma.— Ritos gentílicos conservados en los funerales cristianos.— Manes. — Larvas y Lemures.— Lemuralia. — La Metempsícosis. — Ideas atribuidas á Pitágoras acerca de las metamórfosis de la naturaleza. — Vaguedad que tenia en la religion pagana la creencia en la vida futura.

El alma del hombre, lo que forma su sér y su esencia, no muere; si su cuerpo es consumido por la tierra ó el fuego, no alcanza la destruccion á lo que dentro de él vive y piensa: esta idea, base necesaria de toda moral, era profesada con mayor ó menor claridad, subsistía más ó ménos pervertida en las sociedades gentílicas, como otra de las creencias primitivas del humano linaje. Por mas que desfigurada por los confusos y arbitrarios desvaríos de la poética teología helénica, por las transmigraciones sin fin de la metempsícosis egipcia, ó por el panteismo oriental, palpitaba aquella nocion en todas las religiones antiguas y por ella eran inspiradas la mayor parte de creencias que han tenido cabida en los presentes relatos. Hasta en aquella época en que comenzó el descreimiento hacia la religion olímpica y en que, conforme hemos visto y hemos de ver más todavía, despeñábase el gentilismo á la sima de la impiedad cuando no de las más groseras y repugnantes supersticiones, aún entónces eran pocos los hombres verdaderamente superiores que no creyesen para el alma en una existencia futura. Ciceron, despues de perder á su hija Tulia, escribía: «En cuanto á tí, Tulia querida, has de considerarte dichosa de haber sido librada por la muerte de las infinitas miserias que te habrían afligido. Las de ahora ya no te afligen, las futuras no han de alcanzarte, y has llegado al puerto en estado de perfecto reposo. Hasta creeré que el morir te ha sido agradable si miro la desproporcion, por tí experimentada, entre los bienes que dejas y los males de que con ello te sustraes. Pues ¿cómo es posible que no dudando yo de tu dicha, de la que estoy cierto como si con mis propios ojos la viera, me aflija tanto por tu muerte? ¿Por qué no he de alegrarme de ella? ¿Por qué no he de felicitarte por haber dejado el mundo como de un suceso ardientemente deseado? En adelante cesan para tí las penas; la única que quizas te aflija es haberme dejado en el ocaso de mi vida en república como ésta agitada por tantas turbulencias y á merced de los acaecimientos. Pero situacion es la mia que, si bien triste, la razon la hace tolerable, al paso que tú has de ocuparte más que en la idea de los males que me toca padecer acá abajo, en la de los bienes que dentro de poco dividiré contigo.»

Los ritos de que, conforme llevamos referidos, iban acompañados los entierros, áun en medio del rebajamiento que muchos de ellos, inspirados por la vanidad ó la supersticion, imprimían al sublime concepto de la inmortalidad, testimonio eran de fé en una nueva existencia. Y esos ritos llegaron á arraigar tanto en la sociedad europea que transcurrieron siglos desde su milagrosa renovacion por la Iglesia, y todavía en nuestra tierra de España se observaban en aquellos tristes y solemnes actos algunos de los que llevamos descritos, á pesar de condenarlos una y otra vez reyes y concilios. Una ley de Partida

veda «poner manteles con comida á los difuntos» y habla de las endechaderas. En 1302 un comendador mayor de Leon, decía en su testamento: — «Item, mando que lieven mis caballos cubiertos de luto, con los sus escudos colgando de las sillas, pintados en ellos las mis armas, et liévenlos de mi casa fasta la iglesia, delante del mio cuerpo, así como es costumbre en los enterramientos de los caballeros et de los altos omes.» — En vano fué que en aquel código de las Partidas se ordenase á los clérigos que se retirasen de los entierros «cuando oyessen que facian ruido, dando voces por ome ó endechando;» el Concilio toledano de 1323 hubo de reprobar el execrable abuso «que sabía á gentilidad,» de ir vociferando por calles y plazas y tambien en la misma iglesia.

Hasta el siglo XVI subsistieron en más ó en ménos, segun las varias comarcas, esos resabios de paganismo en los entierros, y de ellos, como cosa ya pasada y extinguida, queda una descripcion hecha por el humanista sevillano Juan de Mal-Lara: «Llevaban á los caballeros, dice, en sus andas, descubiertos, vestidos de las armas que tuvieron, puesto el capellar de grana, calzadas las espuelas, sin espada al lado, y delante las banderas que habían ganado... Llevaban una ternera que bramase, los caballos torcidos los hocicos, y á los galgos y lebreles que había tenido, daban de golpes para que aullasen. Tras de ellos iban las endechaderas, cantando en una manera de romances lo que había hecho.» *Ut qui conducti in funere plorant*, como decía Horacio. «¡Tanta

FIG. 541. — Ciceron.

fuerza, escribe un autor moderno en vista de esos y análogos hechos, tuvo en los pueblos latinos la tradicion clásica que algunos suponen destruida y cortada en los tiempos medios!». (MENENDEZ PELAYO).

Volviendo ahora á lo que es objeto más especial del presente capítulo, conviene decir que algunos filósofos gentiles distinguían en el hombre tres partes, cada una de las que tenía, acaecida la muerte, diferente destino, y eran: el cuerpo perecedero, el alma que volvía al Empíreo y la sombra *(umbra, simulacrum)* que descendía á los Infiernos. La sombra conservaba toda la forma de los cuerpos terrenos sin tener por ello huesos ni carne.

Vago y confuso en las religiones gentílicas todo cuanto se refería al destino de las almas inmortales, parece ser, á juzgar por lo que aparece en algunos monumentos griegos, que los genios buenos y los genios malos de cada uno le acompañaban en aquel postrer viaje, como para presenciar los primeros la recompensa y los segundos el castigo á que se hiciera acreedor.

Orfeo pasaba en Grecia por el gran propagador del culto de las almas; de él decíase que enseñó á los mortales su evocacion, y en testimonio de gratitud los Thesprotos, le elevaron un templo en el sitio donde era fama que había llamado á la luz á la sombra de Eurídice. Los sacrificios á las almas se celebraban siempre á la entrada de la noche, rodeando los altares de ramas de ciprés, y cuidando de inmolar la víctima en el preciso momento en que tenía los ojos clavados en tierra. Las

llamas habían de consumirla toda entera, con más las ataduras que le sujetaran, sin dejar, como en las otras, las entrañas, que despues de arrastradas por tres veces alrededor del sagrado recinto, eran tambien arrojadas al fuego.

Segun los primitivos Etruscos y Romanos, las almas de los mortales, acaecido el fallecimiento de éstos, pasaban al estado de sombras; las de los buenos se convertían en MANES, las de los malos en LARVAS Ó LEMURES. Las primeras descendían á las regiones infernales; las segundas divagaban alrededor de las casas de los vivos sin asilo y sin esperanza. Esta distincion, empero, era, á lo que parece, más vulgar que propia del culto, así es que el nombre de *Manes* era generalmente aplicado á los difuntos todos. *Divi Manes*, dice Preller, eran los muertos purificados por las ceremonias fúnebres, y como los demas dioses y espíritus hacíaseles objeto de culto. El nombre Manes, segun el propio autor, designaba propiamente á séres puros, serenos, propicios, y de ahí qué se llame *Mane* la naciente claridad del dia, al paso que *immanis* equivalía á deforme y monstruoso. Los Manes formaban un pueblo de espíritus semejantes á los Elfos de la MITOLOGÍA germánica, los que, bajo la custodia de Mania ó de Lara, madre de los Lares, moraban en las silenciosas profundidades de la tierra, recibiendo ademas los nombres de *Silentes* (mudos) é *Inferi* (dioses de la region inferior), del mismo modo que tambien Lara ó Mania era llamada la Silenciosa.

Como se confundían á veces lares y manes, hacíase lo propio con Lara y Mania, madres respectivas de unos y otros genios [1]; por manes, al igual que por lares, designábanse los espíritus protectores de los vivos, hasta que al fin parece haberse introducido en esta materia la distincion que llevamos explicada, siendo únicamente calificadas de manes las almas de los difuntos. «Siempre la diosa de la tierra, dice Preller tratando de esta confusion entre Lara y Mania, se nos presenta bajo formas diversas como madre de los Lares, ó sea como orígen de todos los espíritus buenos, y entre otros de los Manes, esto es, de los que han sido transfigurados por la muerte.»

Así, pues, los muertos, llamados comunmente manes, ó sea puros ó trasfigurados, eran tenidos por espíritus, esto es, se les consideraba despojados de la existencia material y siempre como dotados de inmortalidad; de ahí la expresion tan frecuente en las inscripciones de *Divi* ó *Dii manes*. Su morada estaba en las profundidades de la tierra, y de allí salían en determinadas ocasiones para vagar de noche por el mundo y los espacios sublunares. Algunas veces hállase usada la expresion de *Dii manes* para significar todo el mundo subterráneo y el imperio de los espíritus en general. La Tierra, reputada como su madre, tenía entre otros nombres el de Mania.

Los tres dias del año en que, segun queda dicho [1], procediase á la abertura del *mundus*, el 24 de agosto, el 5 de octubre y el 8 de noviembre, considerábase abierto el imperio de los espíritus, y por lo mismo, durante ellos, lo mismo que en la época de los *Feralia*, volvían los manes al mundo: por esto las solemnes ceremonias en tales dias instituidas y la suspension absoluta que experimentaban los asuntos todos. Aquellos que deseaban tener relaciones con los manes no dejaban, llegado aquel tiempo, de ir á dormir junto al sepulcro que guardaba su cuerpo, persuadidos de que el espíritu había de visitarlo.

Los Manes eran honrados en toda la Italia y en cuantos países llevó Roma su dominacion é influencia; los altares que se les erigían en Lucania, Etruria, Calabria y otras regiones eran siempre en número de dos, colocados uno al lado del otro. A ellos estaba consagrado el ciprés, lo mismo que el número nueve; las habas, cuya forma se asemejaba, segun los antiguos, á la de las puertas infernales, les eran igualmente dedicadas. El estrépito del cobre y del hierro causábales horror y ponialos en fuga, al paso que les era agradable la vista del fuego, con lo que se explicaba el uso que se hacía en las sepulturas de las lámparas llamadas *tetrágonas*. Los esclavos tenían á su cargo encenderlas y alimentarlas; apagarlas era tenido por nefando crímen, y las leyes romanas castigaban con severidad esta violacion de los sepulcros.

Tanto como los Manes buenos y benéficos, eran las Larvas espíritus malignos, creaciones fantásticas y monstruosas de la supersticion popular, genios que se adherían á los pasos de un hombre para arrastrarle de delito en delito, de infortunio en infortunio. Eran las fantasmas de los muertos que volvían de noche á la tierra, incapaces de gustar el reposo, ya por haber sido omitida en sus exequias alguna ceremonia interesante, ya por crímenes que cometieran en vida, ya por haber padecido una gran injusticia ó una muerte violenta. Esas almas infelices eran consideradas como espíritus réprobos de terrible aspecto.

Los LEMURES, apariciones de la misma índole, iban unidos, mediante la sustitucion de la R en L, á la leyenda de Remo [2], á quien mató su hermano, debiendo éste, para aplacar á su irritada sombra, establecer una fiesta especial de los muertos, que se tituló *Lemurales*. Celebrábase ésta durante las noches del 9, 11 y 13 de mayo, habiendo tenido en un principio, segun todas las apariencias, el carácter de fiesta general de los difuntos, al igual que los *Feralia* de febrero, sólo que en la última se les festejaba junto á sus sepulcros, y en las *Lemurales*, considerándolos como aparecidos, se les invocaba en la casa donde se temía su aparicion.

Véase pág. 401.

[1] Véase pág. 594.
[2] Véase pág. 149.

«La mitad de Escorpion se mostrará en el cielo cuando dirémos: mañana es el dia de Nona.

»Y luego que Hespero levante por tres veces su radiante frente y que por tres veces, vencidos los astros, hayan cedido su lugar á Febo, llegará la antigua ceremonia de las nocturnas Lemurales para tributar á los silenciosos manes fúnebres ofrendas.

»En un principio era el año más corto; no se conocía el religioso febrero, y tú, bifronte Jano, no eras todavía el caudillo de los meses. Sin embargo, llevábanse ya ofrendas á las cenizas de los muertos, y el nieto tributaba expiaciones en el sepulcro do yacía su abuelo. Verificábanse esas ceremonias dentro del mes de mayo, que tomaba su nombre del de los mayores, y la antigua costumbre subsiste en parte aún hoy dia.

»Cuando la Noche en medio de su carrera ha establecido el silencio y el sosiego favorables al sueño, cuando perros y aves enmudecen, el observador de los viejos ritos se levanta, y descalzo, produciendo con los dedos medio y pulgar un castañeteo que ha de apartar á la sombra ligera que podría salir á su encuentro si andara sin hacer ruido alguno, purifica por tres veces sus manos en el agua de una fuente. Vuélvese en seguida para meterse en la boca habas negras, arrojándolas una á una á sus espaldas por diferentes puntos de la casa, y dice:—Esto doy, y con estas habas rescátome á mí y á los mios.—Nueve veces pronuncia estas palabras sin mirar detras de sí, y créese que las sombras, que invisibles van siguiendo sus pasos, recogen las habas. Lávase otra vez las manos y manda á los muertos que dejen su casa con estas palabras:—Manes paternos, salid.—Repetida nueve veces esta fórmula, puede ya volver el rostro, pues el rito queda cumplido.» (Ovidio).

De las Larvas, muy temidas por la supersticion popular, decíase que hacían volver locos á los vivos y que torturaban á los muertos hasta en los infiernos. En muchos monumentos vense representadas en forma escuálida y horrible y tambien en figura de esqueletos. Mania, la madre de los manes y de los lares, era igualmente considerada, por las populares creencias, como madre y abuela de las Larvas.

Entre las vaguedades y confusiones en que para las sociedades gentiles iba envuelta la idea del destino de las almas despues de la muerte, sólo una creencia aparece clara y distinta, la de su inmortalidad. «Lo que llamamos vida, dice el ya citado Ciceron, es una verdadera muerte; nuestra alma no comienza á vivir hasta que desprendida y libre de las trabas del cuerpo, participa de la eternidad. En tanto es así, como que nos enseñan las tradiciones antiguas que por los dioses inmortales se concede la muerte como una recompensa á sus predilectos... Los séres á quien lloramos no nos han sido arrebatados para siempre, ni están perdidos para nosotros; únicamente han sido apartados de nuestra vista y trato por un tiempo determinado, de manera que así que, como ellos, hayamos llegado al término que por la naturaleza se nos ha prescrito, al momento volverémos á estar en su compañía.»

Fuera de esto, repetimos, todo es en la religion greco-romana vaguedad, contradiccion y puerilidades, así acerca del orígen como del destino de las almas, conforme se desprende de diferentes pasajes de este último libro. Á tenor de ciertas creencias admitidas por algunos filósofos, creencias que, segun varios escritores, fueron en los misterios objeto de enseñanza especial, las almas existían ántes del nacimiento terrestre y eran atraidas á la vida por el cebo del placer ó sea por Afrodita. Como las mariposas alrededor de la luz, giraban alrededor de la tierra, y una vez se acercaban á ella demasiado érales imposible retroceder y se veían condenadas á la vida, cuya seductora imágen contemplaran en el místico espejo tantas veces reproducido en sepulcros y jarros fúnebres. Aspiran entónces á beber en la copa de la vida, en la copa de Dionysos, y así que han arrimado á los labios el sagrado licor se encarnan en un cuerpo. «La union de las almas con los cuerpos mortales dependía de varias causas, como que distintos móviles las empujaban hacia las regiones inferiores. Segun aquellos sistemas, algunas almas que jamas habían venido al mundo descienden á él por ser necesarias para la conservacion de su equilibrio, y son las almas novicias; otras son adheridas á los cuerpos en expiacion de anteriores faltas, y otras en fin se entregan espontáneamente á la aficion que sienten por la tierra, aficion nacida de haberse mirado á aquel espejo en que se vió Dionysos ántes de crear las existencias individuales. En él se miran tambien las almas, y así que han apercibido su propia imágen apodérase de ellas violento deseo de descender aquí abajo y existir por sí solas. En su afan por la individual existencia abandonan la celeste patria, y lanzándose en busca de nuevos destinos, embriagadas, prendadas de la materia una vez han bebido en la copa de Liber Pater, pierden poco á poco la memoria de su elevado orígen, olvido que las incita á unirse con el cuerpo. Sin embargo, las mejores entre ellas, temerosas de nacer, evitan tocar al fatal brebaje cuya seduccion las arrastraría á la tierra; y áun entre aquellas que no pueden resistir á la tentacion, establécense diferencias: las más nobles beben de él, pero con prudencia y tino, é inseparables del Genio tutelar que les está destinado por compañero acá en la tierra, no apartan de él los ojos y son dóciles á sus insinuaciones. Otras, empero, no lo hacen así, sino que beben hasta apurar la copa, y este mundo, á pesar de no ser más que tenebrosa caverna, les parece hermoso. Y una vez en él más y más se pervierten y degeneran, fascinadas por las seductoras delicias de la gruta de Dionysos, emblema del mundo sensible y sus deleites.» (Creuzer).

La transmigracion de las almas formaba parte, en efecto, de casi todos los sistemas filosóficos de la antigüedad; llamáronla los Griegos Metempsícosis, y se creía que Orfeo, despues de aprenderla de los Egipcios, la difundió en Grecia. Creíase que ocurrida la muerte pasaba el alma sucesivamente á los cuerpos de animales terrestres, acuáticos y aéreos; que esas transformaciones las cumplía en el espacio de tres mil años, y que espirado este plazo, volvía al cuerpo de un hombre, hasta que al fin, despues de expiar sus faltas en tan diferentes estados, era trasladada á una estrella donde tenía su morada postrera. La fábula añadía que cuantas almas habían de animar otros cuerpos eran, ántes de partir á los Infiernos, conducidas á orillas del Leteo, cuyas aguas bebían, olvidando por completo desde aquel instante cuanto les sucediera en su anterior existencia.

Pitágoras, cuyo nombre ha quedado al sistema de la transmigracion, fué su gran maestro y propagador en Grecia y en Italia. Contábase que al mirar cierto dia un escudo antiquísimo colgado en un templo, dijo con profundo convencimiento: «—Ese escudo llevaba yo en el sitio de Troya cuando allí peleaba con el nombre de Euforbo.—»Ethalides, hijo de Hermes, era otro de los personajes en cuyo cuerpo había residido el alma del filósofo.

«En la ciudad de Crotona, fundada por los Griegos en los confines de Italia, vivía un sabio de Samos, el cual había huido de su patria y de sus maestros: el odio á la tiranía hizo de él voluntario desterrado. Aunque distante de las regiones celestes, alzábase con el pensamiento hasta el trono de los dioses, y su ingenio penetraba los misterios que oculta la naturaleza á las humanas miradas. Llegado al universal conocimiento por medio de la meditacion y de prolongadas vigilias, explicaba á sus discípulos, silenciosos y admiradores de su elocuencia, el orígen del mundo, los principios de los séres, la fuerza de la naturaleza y los atributos divinos; decíales cómo se forman la nieve y el trueno; si el rayo es producido por Júpiter ó bien por las nubes entreabiertas á impulso de los vientos; manifestábales la causa de los terremotos, las leyes que rigen el curso de los astros; descubríales, en una palabra, los secretos todos del universo. Él fué el primero que condenó en los hombres el comer la carne de los animales, y quien, ántes que nadie, dirigió estos doctos discursos á un siglo que permanecía sordo á sus palabras.

»—Cesad ¡oh mortales! decía, de mancillar vuestros cuerpos con alimentos sacrílegos. ¿Acaso no teneis las doradas mieses? ¿Por ventura no son infinitos los árboles cuyas ramas se doblan al peso de su regalado fruto? Las cepas cargadas de uvas ¿no son vuestras? ¿No lo son igualmente mil y mil plantas exquisitas que con el fuego se ablandan y pueden servir de sabroso manjar? ¿Acaso os está prohibido el uso de la leche y de la miel, de tomillo perfumada? Pródiga la tierra de sus tesoros y agradables alimentos os brinda con un sustento que no cuesta muertes ni sangre. Sólo de animales es propio alimentarse de carne, y áun no todos la usan. El caballo, el buey y el carnero pacen la hierba de los prados; únicamente los de índole feroz y silvestre, los tigres, los fieros leones, los lobos y los osos gustan de sangrientos manjares. ¡Oh dioses! ¿puede darse mayor delito que introducir entrañas en las propias entrañas, alimentar con avidez el cuerpo con otro cuerpo y conservar la vida dando muerte á un sér que como nosotros vive? ¡Pues qué! en medio de tantos bienes como nacen de la tierra, que es la mejor de las madres, os complaceis ¡oh hombres! en imitar á los bárbaros Cíclopes, triturando con vuestros dientes crueles miembros despedazados! ¿Por qué ha de ser la matanza el único medio de satisfacer vuestra insaciable gula?

»En la antigua edad, á la que llamamos de oro, contentábanse los mortales con el fruto que daban árboles y plantas del seno de la tierra nacidos; no manchaba la sangre sus labios; el ave podía sin peligro hender los aires y la liebre discurrir sin temor por los sembrados. Entónces el pez, crédulo en exceso, no iba á morir en el pérfido anzuelo; no había que temer fraude ni engaño, y por todas partes reinaba una profunda paz. Pero hubo quien, cediendo á funesto apetito, bebió la sangre de las víctimas ofrecidas á los dioses y tragó carne en el abismo de su vientre, y abrió con ello la via de todos los crímenes. La sangre de las bestias bravas sería la primera, sin duda, que teñiría en rojo el acero, y era esto suficiente, ya que sin delito pudo darse muerte á los animales que amenazaran nuestra vida; permitido hubo de ser matarlos, pero no comerlos; mas en breve, traspasados estos límites, fué el cerdo la primera víctima inmolada, pensando que esto era lícito, ya que removiendo aquel animal la tierra destruye las simientes y frustra las esperanzas de la cosecha. El macho cabrío, por haberse atrevido á las cepas, hubo de ser inmolado tambien en el altar de Baco, y ámbos animales padecieron el castigo de su falta; pero vosotras, pacíficas ovejas, nacidas para llenar nuestras necesidades todas, vosotras que nos brindais con delicioso néctar en vuestras ubres fecundas, vosotras cuyo suave vellon nos proporciona vestido, vosotras cuya vida es para nosotros más útil que vuestra muerte, ¿cuál fué vuestro delito? ¿Qué crímen cometió el buey, exento de fraude y artificio, animal manso y bondadoso, que nos alivia en nuestras fatigas? ¡Ah! muy ingrato fué é indigno de los beneficios de Céres el primero que tuvo valor para degollar al compañero de sus rústicos trabajos cuando apénas había respirado libre del peso del arado; bárbaro puede llamarse al que hundió el hierro en el fatigado cuello del animal que tantas veces había labrado sus endurecidos campos y tantas y ricas cosechas había proporcionado á sus graneros.

»Pero como si no fuera bastante cometer este gran crímen, quiso el hombre que los dioses tuviesen en él parte é imaginó que la sangre de los toros era agradable

al mismo Júpiter. Una víctima sin mancha y por su mal de notable belleza es llevada al altar cubierta de doradas cintas; oye preces que no puede comprender, vé colocar entre sus cuernos los frutos que su trabajo ha hecho brotar, y herida con golpe mortal baña con su sangre la cuchilla que quizas ha visto reflejada en el agua cristalina. De su pecho aún palpitante arrancan las entrañas é investiga en ellas el arúspice la voluntad de los dioses. ¿De dónde emana semejante afan por alimentos prohibidos? ¿Cómo os atreveis á comerlos, oh mortales? Renunciad, yo os lo ruego, á tan crueles festines y grabad en vuestros corazones mis consejos. Cuando comeis la carne de vuestros bueyes degollados, comeis, sabedlo y no lo olvideis, á los compañeros de nuestros trabajos.

»Pues un dios habla por mi boca, me abandono á su inspiracion y voy á descubrir los secretos que aprendí en Delfos, á poner de manifiesto al mismo cielo y sus sagrados oráculos. Explicaré los grandes misterios que no llegó á conocer la penetracion de nuestros mayores; quiero dejar la tierra, mansion perecedera, elevarme hasta los astros, volar más allá de las nubes y sentarme en los hombros del robusto Atlas. Desde aquella elevada esfera contemplaré á los humanos, arrastrados por el error, sordos á la voz de la razon, dados á frívolos

Fig. 542.—El arúspice.

cuidados y temerosos de la muerte. Mis palabras van encaminadas á alentarles y abrir ante sus ojos el libro de los Destinos.

»Mortales á los que asusta la idea de la muerte, ¿por qué temeis la Estigia y el reino sombrío, que son fábulas inventadas por los poetas, lo mismo que los tormentos de aquel mundo imaginario? Nuestros cuerpos, tanto si los devora la llama de la pira como si la tierra y el tiempo los consumen, ya no pueden padecer daño ni mal, y á las almas no alcanzan los tiros de la muerte: al dejar su primera morada son recibidas en otra nueva. Yo, bien me acuerdo, en la época de la guerra de Troya fuí Euforbo, hijo de Pantho; el más mozo de los Atridas me atravesó el corazon con su temida lanza. No há mucho, estando en Argos en el templo de Juno, conocí el escudo que llevaba en mi brazo izquierdo. Todo se transforma y se muda, pero nada perece. El alma vaga de un cuerpo á otro, sea el que fuere; de la bestia pasa al hombre, del hombre á la bestia, y nunca muere. Del propio modo que la cera recibe mil formas diferentes, y las varía y modifica continuamente sin que su sustancia se altere, así el alma permanece siempre una misma á pesar de que, segun mi doctrina, experimenta infinitas transmigraciones. Guardaos, pues, de llegar á la impiedad al empuje de desordenados apetitos; temed (y al llegar aquí hablo en nombre de los dioses) arrojar de su asilo, mediante abominable muerte, las almas de vuestros padres; deje de sustentarse vuestra sangre con vuestra propia sangre.

»Y puesto que navego á toda vela por inmenso

oceano, os diré que en el universo nada hay estable, que todo se muda, que cuanto vemos no pasa de ser todo transitoria imágen; hasta el tiempo en su eterno curso se despeña cual torrente. El agua que rápida corre y la hora ligera cosas son que no pueden ser detenidas; la ola empuja á la ola; la que precede es desalojada por la que la sigue, como desalojó á la que pasara ántes. Asimismo las horas huyen, se suceden unas á otras, y son siempre nuevas. El instante que poco ántes fué ya no es, el que no era aún comienza ahora, y los momentos se renuevan sin cesar. Cuando la noche avanza hacia el dia y cuando va tomando la luz el lugar de las tinieblas, el color de los cielos es distinto, uno al estar la naturaleza sumida en reposo, otro al presentarse en su descolorido corcel la estrella de la mañana, y de nuevo se muda cuando la precursora del dia tiñe al universo de púrpura ántes de entregarlo al sol. Y éste muestra su disco rojo al asomar por la mañana y por la tarde al desaparecer en el ocaso, pero en lo más alto de su carrera es de deslumbrante blancura, en cuanto no llegan á aquella region del aire los vapores de la tierra. Tambien la reina de la noche cambia constantemente de aspecto; la víspera, al crecer, es menor que al siguiente dia, y á cada momento que transcurre hácese mayor.

»Pero ¿qué digo? ¿No estais viendo al año dividirse en cuatro estaciones y ser de esta manera imágen de la vida? Tierno y delicado en los primeros dias de la primavera, aseméjase á un infante en el maternal regazo. Entónces el trigo que verdea, débil y sin fuerzas, se alimenta con abundantes jugos y halaga la esperanza de los labradores. Todo florece; el campo se adorna con sus más espléndidos colores, pero las plantas carecen de toda energía. Pasa la primavera, y el año más robusto llega al estío y alcanza el vigor de la mocedad; no hay época más vigorosa, más fecunda y ardiente. El otoño, que le sigue, no tiene ya los ardores de los verdes años; en su apacible madurez ocupa un medio entre la juventud y la vejez: su cabeza empieza á encanecer, y por fin avanza el invierno con paso inseguro y macilento; vedle privado de su cabellera, ó rodeada su frente con corona de canas.

»Tambien nuestros cuerpos están sujetos á perpétuas mutaciones: lo que hemos sido, lo que somos, no lo seremos mañana. Hubo un tiempo en que, hombres aún en gérmen, fué nuestra morada el seno materno; naturaleza protegió nuestro crecimiento, y no queriendo que nuestro cuerpo permaneciese en el vientre donde estaba encerrado, abriónos con diestra mano las puertas de la vida. Cuando el infante vé la luz, hállase desvalido é incapaz de moverse, pero en breve, como un cuadrúpedo, anda con manos y piés. Poco á poco, temblando y vacilante sobre sus piernas, busca un apoyo en que sostenerse, y por fin hácese robusto y ágil. Pero su juventud pasa; atraviesa la edad media de la vida, y por rápida pendiente llega al ocaso de sus dias. La vejez mina y destruye por grados la fuerza de la edad madura, y cuéntase que Milon, al sentir el peso de los años, lloró al mirar flacos y débiles aquellos brazos que fueron vigorosos cual los de Hércules. La hija de Tíndaro derrama tambien abundantes lágrimas al ver en un espejo las arrugas que en su rostro imprimieran los años, y no acierta á comprender cómo es posible que haya sido por dos veces robada. ¡Oh tiempo, que lo devoras todo, y tú, envidiosa vejez, nada á vuestros golpes resiste; vuestras acometidas consumen poco á poco á los séres todos y los llevan insensiblemente á la muerte!

»No es mayor la estabilidad de lo que llamamos *elementos,* y voy á deciros las modificaciones que experimentan; estadme atentos. El mundo eterno contiene cuatro principios: dos, la tierra y el agua, tienen peso y gravitan hacia nuestro mundo; los dos restantes, el aire y el fuego, éste más puro que aquél, privados de gravedad, se elevan sin que nada detenga su vuelo. Aunque un espacio los separa, de esos cuatro elementos nace todo y todo en ellos se resuelve. La tierra, disuelta, cae en rocío; el agua, reducida á vapor, se confunde con el aire, el cual, hecho más y más sutil, vuela á la region del fuego. En seguida, por medio de una evolucion contraria, recobran su primer estado: el fuego, condensado, hácese pesado y se convierte en aire; el aire se muda en agua; el agua se cambia en barro. Nada conserva su forma primitiva; la naturaleza lo renueva todo sin cesar y sustituye de continuo una figura á otra. Creedme, en el universo nada perece, pero sí varía todo y todo reviste nuevas formas. Nacer es comenzar á ser otra cosa de lo que ántes fuimos; morir es dejar de ser lo que éramos, quedando siempre la misma la sustancia del sér entre esas perpétuas variaciones de forma y lugar.

»Que nada puede subsistir y durar bajo la misma imágen y apariencia, es indudable, y así vemos que despues de la edad de oro vino la de hierro. Hasta la tierra muda con frecuencia de aspecto: lo que fueron ántes sólidas campiñas son actualmente mar; territorios he visto salidos del seno de las aguas; muy léjos del profundo piélago hánse encontrado aquí y allí conchas marinas; antiquísima ancla ha sido desenterrada en elevado monte. Los torrentes han convertido en valles los llanos, y por efecto de inundaciones, lo que eran montañas son ahora llanuras. Áridos arenales han sucedido á antiguos pantanos, y campos abrasados por el sol se han convertido en aguazales. En un lugar abre naturaleza ignoradas fuentes, en otro ciega las antiguas; terremotos ha habido que han hecho brotar ó secar rios. Así es como Lico absorbido en las entrañas de la tierra, renace más léjos de manantial distinto; como el caudaloso Erásino, tragado por una sima por cuyo fondo lleva sus ondas subterráneas, reaparece á la claridad del dia en las llanuras de Argos; como el Caico, cuyas aguas atraviesan la Misia, al tomar en aversion, segun se cuenta, su orígen y sus primeras orillas, se dirige á bañar otras regiones,

El Amenano tan pronto riega las arenas de Sicilia como vé secos sus manantiales; en otro tiempo se bebían las aguas del Anigros, y hoy nadie se atreve á llevarlas á los labios desde el dia aquel en que, á creer á los poetas, lavaron los Centauros en ellas las heridas que les causaron las saetas de Hércules. Pero ¿qué más? ¿acaso las aguas del Hypanis, que baja de los montes de Escitia, dulces en un principio, no se truecan en salobres y amargas? El mar circundó á Antissa, Pharos y Tiro, fundada ésta por los Fenicios: en el dia han dejado de ser islas. Los antiguos moradores de Léucade vieron su territorio unido al continente; ahora las aguas lo rodean por todos lados. Zancle, á lo que se asegura, estuvo unida á Italia ántes que el mar, separando uno y otro territorio, hubiese arrastrado la Sicilia en medio de sus ondas; si en Acaya buscais Helice y Buris las hallaréis sumergidas, y el marino muestra aún sus inclinados muros. Junto á Trezeno donde reinó Piteo, elévase riscosa colina, que fué ántes dilatado llano; por un prodigio, cuyo solo relato espanta, los vientos, furiosos al verse aprisionados en sus cavernas, quisieron respirar libremente, y como lucharon en vano para volver á la luz del cielo, como su cárcel no ofrecía á su aliento paso alguno, hincharon la superficie de aquel territorio que se abultó de repente, al igual que nuestro soplo hincha una vejiga. Desde entónces ha conservado aquella tierra su abultada forma y con el tiempo ha adquirido singular dureza.

»En gran número acuden á mi mente las maravillas que conoceis ó por fama ó por vosotros mismos; pero me limitaré á citar unas pocas. ¿Por ventura no da y no recibe el agua mil formas? Ammon, ¿no es cierto que ondas, heladas á medio dia, hierven á la salida y á la puesta del sol? Dícese que el palo que se introduce en una fuente de Athamantis al concluir la luna su cuarto menguante, sale hecho ascua; en el país de los Ciconios, el agua de cierto rio petrifica las entrañas de quien la bebe y endurece cuanto toca; el Crato y el Sibaris, que riegan nuestras campiñas, comunican á los cabellos el color del ámbar y del oro. Y ¡oh portento más sorprendente todavía! aguas hay que mudan no sólo los cuerpos sino los entendimientos. ¿Quién no ha oido hablar de la obscena Salmacis y de aquellos lagos de Etiopía que vuelven furioso á quien bebe de sus aguas, ó le sepultan en profundo sueño? El hombre que ha apagado una vez su sed en la fuente de Clitorio hállase condenado á detestar el vino y sólo gusta de la onda cristalina, ya sea que exista en aquella fuente virtud contraria al ardor del jugo de la vid, ya que, segun cuentan aquellos naturales, el hijo de Amithaon, despues de devolver con sus conjuros y mágicas hierbas el juicio á las hijas de Preto admiradas por tal prodigio, arrojara á aquel manantial los filtros que las curaran, comunicándole el horror por el líquido de Baco. Efecto contrario producían las aguas del Lincesto; el que de ellas bebía con exceso andaba vaciante y como ebrio.

»Existe en Arcadia un lago llamado Feneon por los antiguos; desconfiad de sus pérfidas aguas, las que si son inofensivas durante el dia, causan gran daño llegada la noche. De esta manera tienen lagos y rios propiedades diferentes. Hubo un tiempo en que Ortigia, hoy inmóvil, navegó por entre las olas; la nave Argo corrió gran peligro en las Simplégadas errantes, á causa de las enormes olas que al chocarse levantaban; hoy aquellas islas están fijas y resisten á los vientos. El Etna, en cuyos hornos arde el azufre, no arrojará siempre llamas ni tampoco las ha arrojado desde el principio de los tiempos. Si la tierra es un sér animado, vive, y ha de tener respiraderos por donde se exhalen sus fuegos; cada vez que una sacudida la conmueve puede variar aquellas numerosas aberturas, cerrando algunas en un punto y abriéndolas nuevas en otros. Y ya sea que los vientos, encarcelados en cavernas profundas, lancen peñas que se entrechocan y materias ígneas que se inflaman al tocarse; ya que los fuegos subterráneos sean alimentados por el betun y se encienda el azufre produciendo ligera humareda, ello es que como aquellos vientos habrán de abandonar sus antros de cada vez más frios, ó bien como la tierra, cuyas fuerzas va agotando el tiempo en su lenta marcha, dejará de proporcionar á aquellos fuegos alimento, ha de suceder, en uno y otro caso, que el volcan, privado del sustento que reclama su voracidad, verá un dia extinguirse sus llamas.

»No léjos de Pallene, en las regiones hiperbóreas, viven, á lo que se asegura, hombres cuyo cuerpo, sumergido nueve veces en el lago de Triton, se cubre de ligeras plumas. Pero á esto no le doy más crédito que á lo que se cuenta de las mujeres de Escitia que, por medio de análogo artificio, se ungen con ciertos jugos y se transforman en aves.

»Si en prodigios es fuerza creer, admitamos únicamente los experimentados. ¿No veis cómo los cuerpos que por el tiempo ó el calor han entrado en putrefaccion, se convierten en insectos? Inmolad un toro soberbio, enterradlo luego en un hoyo, y de sus descompuestas entrañas nacerán abejas; amigas de las flores como su padre, complácense en los campos y trabajan con afan en la obra que asegura su porvenir. Sepultado en tierra el corcel belicoso produce el abejon. Quitad al cangrejo sus bocas, enterradle, y saldrá un alacrán de temible cola. Las orugas que extienden por las hojas sus diáfanas hebras, se truecan, segun observan los labradores, en ligeras mariposas. El limo encierra gérmenes de los que nace la verde rana; engéndrala sin piés, mas en breve cuenta con piernas para hender el agua, y á fin de que pueda dar largos saltos sus patas traseras son más largas que las delanteras. El oso es al nacer una mole de carne apénas animada; á fuerza de lamerle su madre modela sus miembros y les imprime la forma que ella recibió de igual manera. ¿No veis á la industriosa abeja, en un principio feto escondido en el panal,

recibir más tarde piés y alas? El ave de Juno, cuya cola tachonan estrellas, el águila que sostiene el rayo de Júpiter, las palomas de Vénus y toda la alada muchedumbre, de un huevo salen, y ¿tendríamos por posible tal fenómeno á no verlo cada dia? Hombres hay que tienen por seguro que de nuestra médula espinal nacen serpientes luego que se ha corrompido en la tumba.

»Esas maravillas todas tienen, sin embargo, un principio que las produce; pero existe un ave que se engendra y reproduce á sí misma; los Asirios la llaman ave fénix, y no se alimenta de hierbas ni de frutos sino de las lágrimas de incienso y del jugo que brota del amomo. Cuando ha vivido cinco siglos construye con uñas y pico un nido en el ramaje de un roble ó entre las hojas de una palmera; coloca allí tallos de canela, nardo, cinamomo y mirra, pósase en aquella hoguera y espira entre perfumes. Entónces, á lo que se asegura, sale de sus cenizas un tierno fénix destinado á vivir igual número de años; así que la edad le ha dado fuerzas para sostener la carga, descuelga del árbol el nido que en su follaje se sostiene, y lleva consigo el piadoso lecho que fué á la vez cuna suya y sepulcro de su padre; dirígese, al traves de las regiones del aire, á la ciudad del Sol, y lo deposita en la sagrada puerta del templo. Y si tales prodigios por su novedad nos admiran, más sorprendente es todavía ver á la hiena mudar de sexo cada año, y el animal cuyo principal sustento son los vientos y el aire, tomar la color de cuantos objetos toca. La India vencida dió el lince al dios coronado de pámpanos; todo lo que su vejiga expele se endurece y petrifica al contacto del aire, y lo mismo pasa con el coral, que debajo de las aguas era flexible planta.

»Acabaría el dia y el sol hundiría en las olas sus jadeantes corceles ántes que hubiese referido todas las metamorfósis que los séres experimentan. Todo está sujeto á mudanza: entre las naciones unas se elevan y otras caen. De Troya, bastante opulenta y guerrera para prodigar su sangre por espacio de diez años, sólo quedan hoy vetustos escombros, y en vez de sus riquezas muestra los sepulcros de los pasados. Esparta, Micenas, Atenas y Tébas ciudades fueron famosas y florecientes. ¿Qué queda de Esparta? Una tierra miserable. ¿Qué de Micenas? Una ruina; de Tébas una sombra, y de Atenas un nombre. En estos tiempos los hijos de Dárdano construyen, á lo que se dice, la ciudad de Roma, y en las márgenes del Tíber que desciende del Apenino, echan los vastos fundamentos de un gran imperio. Sucesivas revoluciones ensancharán sus límites y aquella ciudad será un dia capital del universo. Tales son las predicciones de los adivinos y los decretos de la Suerte. Aún recuerdo que cuando Eneas al mirar á Troya reciamente combatida dudaba de su salvacion y lloraba, Heleno le habló en estos términos:—Hijo de una diosa, si tienes fé en mis predicciones, escucha lo que voy á decirte. Tú vivirás y Troya no perecerá toda entera; el fuego y el hierro te abrirán paso, y te llevarás los restos de Pérgamo á extranjera playa, más propicia para tí y los Troyanos que tu misma patria. Viendo estoy á los Frigios fundar una ciudad mayor que cuantas existieron y existirán. Por espacio de larga série de siglos sus hijos más ilustres se aplicarán á levantar el edificio de su poder, y un vástago de Iulo hará de ella la reina del mundo. Despues que la tierra haya gozado de sus beneficios penetrará en la mansion de los dioses, y será el cielo su morada.—He conservado en la memoria estas palabras dirigidas por el hijo de Príamo á Eneas cuando éste con sus penates se alejó de Troya, y alégrome al ver alzarse unos muros que por ley de sangre han de serme tan caros. La victoria de los Griegos contribuyó así á la gloria de los Troyanos.

»Pero volviendo á mi objeto, os repetiré que el cielo y cuanto su ámbito abraza, la tierra y cuanto en ella se contiene, todo experimenta cambio y mudanza. Y lo propio pasa en nosotros, pequeña porcion del mundo: compuestos de un cuerpo y un alma sutil, es posible que tenga ésta por morada el seno de las fieras ó de nuestros domésticos animales; dejemos, pues, en paz y sosiego aquellos cuerpos en que reside quizas un padre, un hermano, un pariente, un hombre cuando ménos, y guardémonos de renovar el festin de Tiestes. ¡Imposible parece cómo se familiarizan los hombres con semejantes horrores! ¿Quién no vé que hundir la cuchilla en el cuello de inofensiva becerra sin hacer caso de sus tristes mugidos es prepararse para derramar con crueldad la sangre humana? ¡Ah! cuando un hombre puede inmolar un cabritillo á pesar de sus gritos, tan semejantes á infantiles vagidos, ó saciar su apetito con el ave que sus manos criaron, ¿qué le falta para llegar al delito? Camino es éste que puede llevarnos al abismo, y por lo tanto, are el buey y no reciba la muerte sino de los años; dénos la oveja abrigo contra el horrible Bóreas; confíe la cabra en nuestras manos sus ubres llenas de leche; pero desaparezcan los lazos, las trampas, las redes y pérfidos armadijos. Dejad de engañar con la vareta á los moradores del aire; no empujeis hacia el lazo al ciervo asustado por medio de coloradas plumas; no oculteis el anzuelo entre el cebo falaz. Destruid á los animales nocivos, pero no paseis más allá; no los sirvais en vuestra mesa, y contentaos con los alimentos que os ofrece la naturaleza.» (Ovidio).

Esta doctrina ó escuela de Pitágoras, llamada itálica, impregnada toda ella del misticismo de los números en los que colocaba el filósofo el principio de las cosas, llegó á ser en Italia muy seguida, é introdujo, por lo mismo, en las creencias vulgares la de la transmigracion de las almas. Rodeada de silencio y de misterios, fué la primera de las sectas ocultas, y con sus ridículas y pueriles especulaciones contribuyó no poco al estado de descreimiento y supersticion en que, conforme hemos

indicado y hemos de ver todavía, se hundió la sociedad antigua. Homero, Platon y Virgilio, entre otros, enseñaron la metempsícosis.

La nocion de la inmortalidad del alma no tuvo en el mundo greco-romano el carácter de un dogma preciso y positivo, como sucede en la religion divinamente revelada; pero aunque rodeada de vaguedad, aunque sujeta á humanos y contradictorios sistemas, esa verdad, repetimos, era el alma de todas las tradiciones, la razon de todos los misterios. De aquí que al corromperse enteramente en los últimos siglos del paganismo tradiciones y misterios, se debilitase tambien aquella creencia en otra existencia mejor, y hasta parece que se perdió en mitólogos y filósofos la clara idea de la inmaterialidad de las almas. Para unos eran las almas sombras, fugitivos manes; para otros consistían en algo más ténue que el aire, más sutil que la llama, pero siempre ó casi siempre en algo que caía bajo el dominio de los sentidos.

Porque hecho es que conviene dejar sentado aquí, en cuanto se desprende con toda evidencia del estudio de la antigüedad en sus diferentes periodos y pueblos, que no debe de buscarse en ella la fuerza y eficacia del sentimiento religioso nacidas del cristianismo y por el cristianismo hechas perceptibles áun para sus mismos adversarios, y esto fué precisamente por faltar al sentimiento religioso pagano la inmutable base de la religion de Jesucristo y la fé cierta, concreta, determinada en una vida futura y en una existencia celeste. Para alcanzarla sabe el cristiano de una manera fija, indubitable, así lo que le toca practicar como lo que debe evitar. Es cierto que la MITOLOGÍA hablaba del Tártaro como castigo de crímenes enormes, y de los Elíseos Campos, «tan ensalzados por los Griegos,» segun dice Virgilio, como poco codiciados por el comun de las gentes; pero nada habia en el uno ni en los otros que pudiera llegar, como los dogmas cristianos, á lo más íntimo de nuestro sér. En efecto, y por lo que hace á los Elíseos prados, permanecer por siglos enteros tendido en la hierba, ú ocupado en bruñir espadas ó amaestrar caballos, pareció tan poco envidiable á Platon y á Virgilio, que para salir del paso no hallaron más recurso, conforme llevamos dicho, que poner fin y remate á tanta dicha y, por medio de las séries de transmigraciones pitagóricas, hundir de nuevo al alma, emancipada de su felicidad, en todas las miserias y aflicciones de la vida terrena. Y cuando tiempo despues los platónicos del siglo IV, los últimos defensores del gentilismo, quisieron introducir en la supersticion helénica la idea cristiana respecto de la otra vida, y prescribieron ciertas oraciones para este mundo y para el otro, pudo decirles san Agustin: «¿Cómo podreis pedir la vida eterna á las ninfas, de las que no podeis esperar ni un vaso de vino? Baco, en cuyo poder no entra dar á vuestro hambriento estómago un mendrugo de pan ¿podrá otorgar á vuestro corazon la felicidad del cielo? Y esos dioses, cuyo largo catálogo ha formado Varron, confinados todos en algun departamento de la vida material, á la que por lo comun atienden de mala manera, ¿será posible que os alcancen la existencia eterna, de la cual no hay dios alguno que esté especialmente encargado?» *(La Ciudad de Dios)*.

Lo que no hacían las religiones ni los misterios no había que esperarlo tampoco de la filosofía; léjos de dar más preciso significado á las vagas nociones de los mitólogos sobre la vida futura, era para ella la idea de aquella existencia un abismo tenebroso. La inmortalidad del alma considerábase, por decirlo así, una buena tésis para el orador más que un dogma positivo para el filósofo, y por lo tanto hallóse ser defendida ó impugnada segun lo requería la causa debatida. La vacilacion, la oscuridad era en tal materia el estado comun de las almas, y Plutarco expresó bien el sentimiento de su época al escribir: «Si lo que han dicho antiquísimos poetas y filósofos es verdad, el alma no muere.» Caton y Tráseas, en vísperas de morir, procuraban adquirir este convencimiento; de Ciceron ya hemos visto cómo se esforzaba en tenerlo al llorar la muerte de su hija; pero, considerando el dogma de la inmortalidad como opinion de antiguos sabios, es claro que toda clase de certeza y conviccion en ellos innata, había debido enflaquecer hasta quedar como dormida en la generalidad y muy amortiguada en aquellos hombres superiores, tan ricos por otro lado en meditaciones y estudios.

El hombre sabía instintivamente que sobre su cuna pesaba una maldicion; la voz de un Dios irritado resonaba aún en su oido; la memoria de la cólera divina le perseguía por do quier, y la fatalidad de Edipo, las Euménides de Orestes eran, con distinta forma, las flamígeras espadas de los ángeles custodios del Paraíso. Constábale al hombre haber sido condenado á muerte, y la muerte, sin una nocion cierta é indubitable de la vida futura, era horrible fantasma que no le daba punto de reposo. La sociedad pagana sentía invencible miedo hacia la morada de las sombras «donde no podría jugarse á los dados, decía Horacio, la realeza del vino,» y el invencible Aquiles manifestó á Ulises, al encontrarle en la subterránea mansion, que habría preferido ser esclavo de indigente labrador que gana su vida con el sudor de su rostro, á reinar sobre todo el pueblo de los muertos. Todo en la antigüedad atestigua ese inconsolable temor de la muerte: «A la idea del Tártaro, dice un poeta, hondos suspiros salen de mi pecho; espantoso es el viaje é imposible el regreso.» (ANACREONTE). «Cuando somos jóvenes, escribe otro, tomamos la vida como cosa de juego; pero luego que vemos venir hacia nosotros su postrera oleada, se nos presenta como un bien del cual no hay medio de saciarse.» (LICOFRONTE).

Aplacar á los dioses, alejar de sí la muerte, era la idea dominante de la devocion pagana: condenado el hombre en lo futuro, atormentado ya en su vida presente, implora de su juez un plazo, de su verdugo un respiro.

Tarde lo más posible aquel inevitable fin más allá del cual todo es ignorado y siniestro; detenga su mano la deidad iracunda, y deje al hombre gozar de este mundo fuera del cual no concibe bienestar ni belleza; prolónguese su vida más que las rosas de su festin, y no apresuren el término fatal sus propias faltas añadidas al primitivo anatema; esto sólo pedía el gentil, por esto sólo hacía sacrificios y ofrendas. Los dioses que con más fervor imploraba eran aquellos que más temía, dioses terribles, dioses del infierno, las Parcas, Nemesis, el Destino: á ninguno eran ofrecidas como á éstos tantas hecatombes, dándoles el hombre sangre por su sangre y vidas por su vida. El Griego y el Romano de los últimos siglos eran tanto más piadosos cuanto eran mayor en ellos el temor de la muerte. «Supersticiosos é incrédulos, decía Plutarco poco despues de la época de Neron, esto es lo único que se encuentra; los hombres pusilánimes son supersticiosos, los dotados de fuerza de alma son incrédulos.»

Y si por un dia preces y sacrificios lograban desvanecer esos terrores, si los agüeros se mostraban propicios, si el sacerdote de Isis les aseguraban dilatada vida y robusta salud; si mediante solemnes expiaciones habíanse puesto en regla con Nemesis ¿qué habían de hacer sino procurarse regalada vida, más bien que suspirar por el Elíseo que les cantaban los poetas, y en el que pocos creian? Resultado de esto era la completa inutilidad moral del politeismo, y además una religion puramente terrestre que sin consuelos para los pequeños, ofrecía á los poderosos toda clase de goces. De Aristóteles es aquella sentencia que se presenta como repugnante blasfemia á nuestro rectificado juicio de cristianos: «Los hombres dichosos son los que dan gracias al cielo y esperan en él; los tristes, los desventurados no pueden ser devotos.»

Conste, empero, y esto que se desprende tambien con toda evidencia de casi todas las páginas de este relato ha de ser como la conclusion del presente libro, que la antigüedad no fué en época alguna, ni siquiera en las más corrompidas, atea ni materialista: la negacion positiva, clara, dogmática de un poder divino y de una vida despues de la muerte, es rarísima en los monumentos paganos. Por el contrario, la invocacion de los manes, los sacrificios y las libaciones prescritas en memoria del difunto, cuántos ritos y ceremonias llevamos explicados, son testimonio de implícita fé en la perpetuidad del sér humano. Ademas, lo que hemos dicho de la ornamentacion de los sepulcros, de las alegorías que la forman, es nueva prueba de que para aquellos hombres no carecía la muerte de esperanzas. La barca que boga hacia el puerto, el faro que le muestra el derrotero, el niño sacado por un delfin á la orilla, el animal que dormita durante el invierno para despertar en la primavera; la mariposa que nace á la vida despues de pasar por la muerte; los árboles de perpétuo verdor indicando la eternidad de la existencia del alma; la imágen, trazada en la tumba, de aquellos mismos dioses que presiden á la vida; Baco, emblema de la embriaguez eterna y extática, que se creía ser patrimonio de las almas puras; el gallo que cada mañana nos despierta, la serpiente cuya piel anualmente se renueva, Ganimedes llevado al cielo, Vénus saliendo de las aguas, símbolos son todos de fe en una existencia fuera de este mundo, probablemente segun los términos en que era enseñada en los diferentes misterios.

En la tumba de un niño se escribió: «Mi solo consuelo será volverte á ver algun dia, y concluida que sea mi vida reunir mi sombra á tu sombra.» «Espero á mi marido,» decía el epitafio de una esposa que partió de este mundo ántes que aquel. «¡Oh manes! sed indulgentes para con mi esposo (es una viuda la que en el sepulcro habla), y permitid que le vuelva á ver entre las sombras de la noche.» Sin embargo, muchas veces parece que el pensamiento de aquellos hombres se contentaba con ciertas expresiones vagas dirigidas, más que al alma del difunto, á su cadáver, más que á alcanzar la felicidad del muerto, á pedir la inviolabilidad de su sepulcro. *Al sueño.—Mansion eterna.—Séate la tierra ligera.—Ave! vale!*—Cuando esto escribían los antiguos, cuando á esto se limitaban no es porque negasen, sino porque no sabían más. De aquellos manes á que se dirigían ignoraban (ya lo hemos visto) si eran el mismo muerto á quien lloraban ó la divinidad guardadora de los difuntos. Ademas, aquella nueva vida en que querían creer ¿era una existencia dichosa ó triste, sensible ó insensible? Las libaciones en la tumba ¿eran un beneficio para el alma del difunto ó una mera excitacion á la memoria de los vivos? Nadie positivamente lo sabía; todo era vaguedad é incertidumbre acerca de lo que pasaba al lado opuesto de la Estigia; era aquella la tierra de las tinieblas, los dioses manes eran dioses inciertos é indeterminados. Sobre la gran base del sentimiento religioso, sobre la fé en una vida futura, la religion decía poco; no era más explícita la filosofía, y en aquellas sociedades el alma humana con sus nobles instintos, con su necesidad de esperanzas celestiales, con el sentimiento de su inmortalidad, hallábase sin un apoyo sólido para su esperanza, sin una nocion clara de su eterno destino.

El Cristo no había venido al mundo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.